

CAPÍTULO XLVIII. *De muchos agüeros y supersticiones que los indios tenían*

O SE CONTENTABA EL DEMONIO, enemigo antiguo, con el servicio que éstos le hacían en la adoración de cuasi todas las criaturas visibles, haciéndole de ellas ídolos, así de bulto como pintados, sino que demás de esto los tenía ciegos en mil maneras de hechicerías y supersticiones. Entre las cuales, unos usaron de una manera de laboratorio o baño; y los llamados totonaques, a los veinte y ocho o veinte y nueve días que había nacido la criatura la llevaban al templo; y si era varón, el sacerdote mayor y el segundo en dignidad, lo tendían sobre una grande y lisa piedra o losa, que para el efecto tenían, y lo circuncidaban con cierto cuchillo de pedernal, y aquello que le cortaban quemábanlo y hacíanlo ceniza. Y con las niñas hacían otra ceremonia tan indecente, que no es para tratarse en este lugar. También decían sus pecados delante de sus ídolos (como decimos en su lugar), no para que pensasen alcanzar perdón ni gloria después de muertos (porque todos ellos tenían por muy cierto el infierno), pero hacían este género de reconocimiento ante sus ídolos porque no estuviesen enojados ni en este mundo los maltratasen o privasen de lo temporal; y porque no les descubriesen sus pecados, por donde cayesen en infamia con los hombres. Algunos, se dijo que hacían obras penales para alcanzar su mal deseo carnal con la persona que les agradaba; y para esto hacían cierto hechizo de diversas flores y lo ponían en cierta parte para conseguir su mal intento. Cerca de los casamientos tenían sus ceremonias, atando las vestiduras de marido y mujer; y en el pedir de la mujer con sus presentes. Ya que se la daban, acompañada (según era la persona), ciertos días no había de llegar a ella, sino que ayunaba y servía a sus ídolos; ante los cuales, durante el término de las bodas, hacían sus ofrendas. Y si llegaba a ella antes de los días que acostumbraban abstenerse, tenían por cierto que les había de suceder algún mal. Y para saber si habían de avenirse entre sí, marido y mujer, recurrían al libro de sus suertes, mirando si cuadraban los signos en que ambos habían nacido, como largamente queda dicho en otra parte. También hacían unos idolitos chiquitos de semilla de bledos o cenizos o de otras yerbas, y ellos mismos se los comían. Otros dicen que a una yerba que dicen picietl (y los españoles llaman tabaco) la tenían algunos por cuerpo de una diosa que nombraban Cihuacohuatl. Y a esta causa, puesto que sea algo medicinal, se debe tener por sospechosa y peligrosa, mayormente viendo que quita el juicio y hace desatinar al que lo toma. Los totonaques de tres en tres años mataban tres niños, sacábanles los corazones y de la sangre que de allí salía y de cierta goma que llaman ulli, que sale de un árbol en gotas blancas y después se vuelve negra como pez, y de ciertas semillas, las primeras que salían en una huerta que en sus templos tenían, hacían una confección y masa. Ésta tenían por cosa sagrada, con orden y precepto que de seis en

seis meses, los hombres de veinte y cinco años, habían de volver a hacer la misma ceremonia y las mujeres de diez y seis. Llamaban a esta masa to-yoliaytlaquatl, que quiere decir manjar de nuestra vida. El sacerdote mayor hacía ciertas ceremonias en una poca de agua cuando consagraba la estatua de el ídolo Huitzilopuchtli, en Mexico, que era hecho de masa de todas semillas, amasadas con sangre de niños y niñas que le sacrificaban. Y aquella agua la guardaban en una vasija debajo del altar, y se usaba de ella para bendecir o consagrar al rey cuando se coronaba; y a los capitanes generales cuando se habían de partir a hacer alguna guerra les daban a beber de ella con ciertas ceremonias. No faltaron en algunas partes conjuradores de granizo, que sacudiendo contra él sus mantas y diciendo ciertas palabras daban a entender que lo arredraban y echaban de sus tierras y términos. La carne de los sacrificados ante sus dioses tenían en gran veneración, por poquito que alguno de ella alcanzase. Brujos y brujas también decían que los había, y que pensaban se volvían en animales que (permitiéndolo Dios, y ellos ignorándolo) el demonio les representaba. Decían aparecer en los montes como lumbre; y que esta lumbre de presto la veían en otra parte muy lejos de donde primero se había visto. El primero y santo obispo de Mexico, de buena memoria, fray Juan Zumárraga tuvo preso a uno de estos brujos que se decía Ocelotl y lo desterró para España, por ser muy perjudicial, y perdióse la nao cerca del puerto y no se supo más de él. El santo varón fray Andrés de Olmos prendió otro, discípulo del sobredicho, y teniéndolo en la cárcel y diciéndole el mismo indio al dicho padre, que su maestro se soltaba de la cárcel cuando quería, le dijo el padre se soltase él si pudiese; pero no lo hizo porque no pudo. Verdad es que después remitiéndolo al dicho obispo santo, por no lo poner a recado, se soltó y desapareció.

Viniendo a los agüeros que tenían, digo que eran sin cuento. Creían en aves nocturnas, especialmente en el búho y en los mochuelos y lechuzas y otras semejantes aves. Sobre la casa que se asentaban y cantaban, decían era señal que presto había de morir alguno de ella. También tenían los mismos agüeros en otras sabandijas y entre ellas de cierto escarabajo que llaman pinahuitztli. Tenían asimismo que cuando la mujer paría dos criaturas de un vientre (lo cual en esta tierra acontece muchas veces) había de morir el padre o la madre. Y el remedio que el demonio les daba era que matasen al uno de los mellizos, a los cuales en su lengua llamaban cocohua, que quiere decir culebras; porque dicen que la primera mujer que parió dos, llamaban Cohuatl, que significa culebra. Y de aquí es que nombraban culebras a los mellizos; y decían que habían de comer a su padre o madre, si no matasen al uno de los dos. Decían que el temblar de la tierra era señal que se había de acabar presto el maíz de las trojes. Si perdían alguna cosa hacían ciertas hechicerías con unos maíces, y miraban en un lebrillo de agua, y dicen que allí veían al que lo tenía, la casa adonde estaba; y si era cosa viva, y allí les hacía entender si era ya muerta o viva. Para saber si los enfermos habían de morir o sanar de la enfermedad que tenían, echaban un puñado de maíz, de lo más grueso que podían haber, y lanzábanlo

siete o ocho veces, como lanzan los dados los que los juegan; y si algún grano quedaba enhiesto, decían que era señal de muerte. Tenían por el consiguiente unos cordeles, hecho de ellos un manojo, como llavero, adonde las mujeres traen colgadas las llaves; lanzábanlos en el suelo, y si quedaban revueltos decían que era señal de muerte. Y si alguno o algunos salían extendidos, teníanlo por señal de vida, diciendo que ya comenzaba el enfermo a extender los pies y las manos. Y si alguna persona enfermaba de calenturas recias tomaban por remedio hacer un perrillo de masa de maíz y poníanlo en una penca de maguey (que es el cardo de donde sacan la miel) y sacábanlo por la mañana al camino y decían que el primero que por allí pasase llevaría la enfermedad del paciente pegada a los zancajos. Tenían por mal agüero el temblar los parpados de los ojos y mucho pestañear. Cuando estaban al fuego y saltaban las chispas de la lumbre, tenían que venía alguno a inquietarlos, y así decían *aquinyehuitz*, que quiere decir, ya viene alguno o ¿quién viene aquí? A los niños cuando los trasquilaban, no les quitaban la guejeja detrás del cogote, que llaman ellos *piochtli*, diciendo que si se la quitaban enfermarían y peligrarían. Y esto hoy día lo usan muchos sin mala intención, más de por el uso que quedó; y por ventura otras cosas de las dichas, sino que no las vemos, como esta del *piochtli*, que no se puede encubrir. Otros innumerables agüeros tenían, que sería nunca acabar quererlos contar y ponerlos por escrito.

